

este universo abisal con sus seres extraordinarios, es el ideal de Cousteau, al que dirige toda su labor actual. Conquista practicable para el hombre moderno, que ya no va encontrando nada imposible. Conquista tan importante, quizá, como la de los espacios siderales, porque ahí, bajo las aguas de los mares, hay otro planeta desconocido y fecundo, esperando la llegada de los hombres.



«El cuervo», de H. G. Clouzot

CUERVO, EL (Le Corbeau)

Prod.: Francesa, Continental, 1943.
Arg.: Louis Chauvance, Gulón y día.: Louis Chauvance y H. G. Clouzot. Dir.: H. G. Clouzot. Int.: Pierre Fresnay, Ginette Leclercq, Laruey, Micheline François, Hélène Manson, Sylvie, Noël Roquevert, Bernard Lancret, Antoine Balpêtre, Jean Brocard, Pierre Berdin, Louis Seigner, Robert Clermont, Gustave Gaillet, Jeanne Fusier-Gir, Paul Marcel Delafre, Etienne Decroix, Albert Malbert, Lilliane Maigne. Fot.: Armand Tliard. Mús.: Maurice Yvain.

EN un pueblecito francés, entre «buena gente» que creen conocerse, comienzan a recibirse anónimos firmados por «El cuervo». En ellos se acusa, delata, injuria,

PRINCIPALES PELICULAS

Par dix-huit mètres de son, 1948; Pesados (Dhaves), 1945; Paysages du silence, 1947; Au large des côtes tunisiennes, Atout d'un récif, Les phoques de Rio de Oro, Dauphines et céladés, 1948-49; Un sortit de "Tubas", Carnet de plongée, 1950; La Mer Rouge, 1952; Un musée dans la mer, 1953; Le monde du silence, 1956.

de «la rueda», de Abel Gance, y de «La bestia humana», de Renoir, con ese magistral documental del ritmo puro que es «Pacific 231», de Jean Mitry—el gran poema de los trenes, orbe poético por excelencia, las primeras máquinas que dieron al hombre moderno la idea de que también en ellas anida la belleza.



COUSTEAU, Jacques-Yves

DOCUMENTALISTA. Nació en 1910, en St. André de Cubzac, cerca de Burdeos (Gironde), Francia. Cousteau comienza su carrera como capitán de corbeta, artillero de la Armada Francesa, y acaba en océanografía puro. No es, pues, un explorador, descubridor y adelantado de la habitabilidad de las profundidades submarinas. Que toma el cine como testigo de sus descubrimientos y conquistas, y como medio de expresión de sus emociones, por lo que en Cousteau hay, en todo momento, un artista que acentúa la belleza en la ciencia. La ciencia y la técnica siempre han constituido una base de la creación artística, desde los pueblos primitivos y aborígenes, cuyas obras de arte estaban condicionadas por el material empleado y la idea que de ese soporte se tenía: el oro, símbolo de la inmortalidad, por ejemplo.

Pero desde el siglo XVII, en que la ciencia se impone como el centro del universo ideológico moderno, el arte ha recibido de todas las ciencias y sus técnicas las más decisivas aportaciones. La ciencia experimental y las leyes de la herencia constituirán las bases del naturalismo literario y las nuevas teorías de la luz, expuestas por Chevreul, servirán de base al impresionismo pictórico, por ejemplos más conocidos. El arte toma sus temas de la realidad, exterior o interior, y estos temas le unen a su mundo y a su tiempo. Por eso, Cousteau, buceador, explorador de las primeras profundidades submarinas y de las abisales después, oceanógrafo científico luego, es uno de los grandes nombres a los que el cinema debe un tema hasta hoy inédito: el orbe submarino.

Un domingo de 1936, en Tolón, Cousteau contempla por primera vez los fondos submarinos por medio de unas gafas de buceador, y aquel día puede decirse que comienza el descubrimiento de un nuevo mundo. Poco después se asocia amigablemente con otros dos buceadores extraordinarios: Philippe Tailliez y Frédéric Dumais, con los que forma el primer equipo de buceadores aficionados. Cousteau descubre este hecho simple y extraordinario. Hasta entonces, el hombre, para conquistar el fondo de los mares, debía protegerse aislándose de aquel medio nuevo, por medio de cámaras neumáticas o de escafandros blindados. Pero Cousteau encuentra de nuevo el milenar sistema del buceador que se entrega al mar a cuerpo desnudo y resiste las grandes presiones: el de los pescadores de esponjas, de perlas y de coral desde el principio de los tiempos. Lo que el hombre tiene que lograr en el fondo del mar es poder respirar indefinidamente. Para ello inventa, con el ingeniero Gagnan, el «aqualung» o «escafandra autónoma», con la que el hombre queda en libertad completa en el seno del mar. Es el 1943, en plena guerra mundial, con la Francia ocupada por los alemanes, y ésta es una fecha decisiva en la conquista de los mares bajo su superficie. Comienza sus primeras filmaciones con una pequeña cámara y películas fotográficas empalmadas, porque no existían entonces films virgen en el país. Después será la cámara submarina Cousteau-Lavian con la que realizará sus extraordinarios documentales. En 1945 funda el Groupe d'Etudes et Recherches Sous-marines (G. E. R. S.), en Tolón, que entrega a la Marina Nacional. Después el Office Français de Recherches Sous-marines (O. F. R. S.), en Marsella, que será el punto de partida de sus investigaciones futuras. Habilita sucesivamente los barcos «Elle Monnier», el «Calypso», con el que realiza sus primeras

VILLEGAS LOPEZ

COUSTEAU



Los hombres vuelan, con antorchas encendidas, en el fondo del mar

grandes experimentos: el «Española» y luego el barco neerlandés «Amphitrite», así como la campaña Cousteau-Mohard para llegar a cuatrocientos metros de fondo. En 1948 se une a la expedición Piccard con el extraordinario barco de la estratosfera, pitónero, y de las profundidades abisales, después, que en el balístico descendió hasta las grandes profundidades submarinas.

Posteriormente se vincula a la tradición cinematográfica más clásica, la del príncipe Alberto de Mónaco y su famoso museo y acuario, donde trata de crear un «Museumarium», verdadero zoológico submarino para el gran público, con objeto de revelar fondos para sus investigaciones científicas. Y en 1962 construye un enorme teatro de acero de 250 toneladas y 60 metros de alto, que será sumergido hasta 50 metros de profundidad, quedando 10 en la superficie, en los mares luminosos de Provenza o de Córcega. Tiene ventanillas de observación submarinas y cuatro plataformas habitables, la exterior para recibir buques. Por último, proyecta y pone en marcha la construcción de las casas submarinas, donde el hombre pueda habitar por lo menos ocho días seguidos en el fondo del mar, entrando y saliendo en ellas libremente, de este modo se evitan los efectos mortales de la descompresión al salir a la superficie, que limita considerablemente la permanencia en las aguas.

Sus primeras películas submarinas, «A diechoo metros de fondo» (1943) y «Pesados» (Egaves, 1945), son una extraordinaria

VILLEGAS LOPEZ

COUSTEAU

que representa una importantísima conquista. Los italianos fueron los primeros en lograr la cinematografía submarina en colores, primero en corto y luego en largo metraje, sobre todo con «Sexto continente», de Folco Quilice. El hecho es fundamental, aunque pleno de dificultades técnicas, porque los fondos marinos son ambientalmente cromáticos, aunque a las primeras profundidades los colores están envueltos y apagados por el dominante azul del agua y la luz exterior. «El mundo del silencio» es la conquista definitiva del universo submarino por el cineasta.

Es una película sin dramatismo, sin cinematografía y sin verdadero ritmo, que no sea el de los peces mismos espuestos uno a continuación de otros. Pero estos hechos tienen tal poder de sugestión, tan fascinante atracción de lo verdaderamente desconocido, que su simple exposición sucesiva basta para llevar el film en una constante tensión espectacular, emocional, estétida. Lo mismo es el anhelo que por primera vez vemos llegar al fondo del mar, que los buzos y pescadores de esponjas tradicionales o los diversos naturales de las costas o los alegres delfines del trópico o el mar visto a la vez por fuera y por dentro, en una imagen de la Naturaleza hasta entonces imposible de concebir por la mente humana. Se va pasando de las zonas de la luz azul a la crepuscular de los 30 metros, a la profunda de los 75, con sus paisajes abstractos y donde los colores cobran, paradójicamente, mayor intensidad. Los hombres vuelan con sus antorchas encendidas en el medio azul, sobre mágicos prados de algas y paisajes de otro planeta, que, sin embargo, está en el nuestro. Es una de las escenas más extraordinarias del film, como ni siquiera la fantasía del hombre pudo imaginar, sino que solo tiene lugar en la libertad subconsciente de los sueños. Cousteau cuenta que siempre tenía un sueño en el que creía volar, pero que desapareció cuando realizó efectivamente estos primeros vuelos submarinos.

La búsqueda y exploración del buque hundido, a 30 metros de profundidad, es otra de las maravillas jamás vistas. El barco sumergido ha cobrado el aspecto de un castillo orientado, en un país imaginario y terrorífico. Porque todo lo que era una cosa, con su razón de vida conocida y habitual, es aquí otra, adaptado a su nueva existencia por la poderosa corriente vital del mar. Por eso, todo esto es mágico y cada detalle tiene el encanto y la atracción de un descubrimiento y una aventura.

Las manadas de cachalotes, algunos de 20 metros de largo, capaces de sumergirse en sus lanchas y batallas hasta 1.000 me-

tros de profundidad. El cachalote herido en la verdaderamente y de todas partes escuden hasta treinta semejantes más, entablándose la gran carnicería entre tiburonos y entre los hombres y las fieras del mar. Es la parte mejor montada de la película. Calma tropical, calor, sueño, la espera de tierra. La isla a lo lejos, que está desierta, quizá una de las últimas tierras desconocidas. Solo está habitada por tortugas gigantes, capaces de llevar a un hombre sobre su caparazón; pájaros desconocidos, cancheros de los cocodrilos; la puesta de huevos por la tortuga tiene todo



*El mundo del silencio, de Cousteau

el dramatismo que ya había descubierto Pantevé en sus primeras películas del hipocampo. Y la incorporación psicológica del hombre al fondo marino: la amistad, casi enterredora, de los buceadores con el merd Joly. Es una escena llena de gracia, sencillo humor, ritmo de ballet y voces. Este merd, de 25 kilos, sigue a los hombres venidos de otro planeta, como un perro a sus amos; juega con ellos, les pide comida, se la dan sentadas en el suelo del mar; se empeña en seguirles a todas partes y tiende que enlazarlos para poder desprenderse de él y de su afecto inesperado; quizá, cuando se encuentra solo, llora como un perro abandonado. Y el barco, visto desde abajo, desde el fondo del mar, con la manna mirrada con que los hombres pueden contemplar un avión que pasa por el cielo.

La película obtiene el máximo premio en el Festival de Cannes de 1956, con gran oposición por tratarse de un documental; este último hecho muestra la tenaz oposición de la mente humana a la verdadera renovación de los temas del arte y, concretamente, en el cineasta.

La conquista de los abismos marinos, de

El mundo del silencio, de Cousteau

El mundo del silencio, de Cousteau

El mundo del silencio, de Cousteau